

los domingos y de los días de fiesta, que en diez y nueve años constituye una disminución de cerca de veinticuatro francos. Además, su peculio quedó reducido, por diversas retenciones y rebajas, á la suma de ciento nueve francos y quince sueldos, que le entregaron cuando salió de presidio.

Juan Valjean no comprendía lo que acabamos de referir y se creía perjudicado, ó diciendo su misma palabra: robado.

Al siguiente día de estar en libertad vió en Grasse, delante de la puerta de una fábrica de destilación de flores de azahar, varios hombres que descargaban fardos, y ofreció sus servicios. Como el trabajo era urgente, los aceptaron. Se puso á trabajar: era inteligente, robusto y ágil, y el que lo empleó estaba satisfecho de él.

Estando dedicado á dicha faena pasó un gendarme, le observó y le pidió sus documentos. Le enseñó el pasaporte amarillo. Hecho esto, Juan Valjean volvió á dedicarse á su trabajo. Momentos antes había preguntado á un compañero cuánto se ganaba cada día en aquella tarea y le respondió que *treinta sueldos*. Cuando se hizo de noche, como se veía obligado á partir al día siguiente, se presentó al dueño de la fábrica y le rogó que le pagase. El dueño no le contestó una palabra y le entregó *quince sueldos*. Reclamó y le contestaron:—*Bastante es eso para tí*. Insistió. El fabricante le miró de un modo particular y le dijo:—*Guárdate de la cárcel!*

Allí también se creyó robado.

La sociedad, el Estado, disminuyendo su masita, le robó al por mayor, y ahora le tocaba el turno al individuo y le robaba al por menor.

La encarcelación no es la libertad: se acaba el presidio, pero no la condena.

Esto fué lo que le sucedió en Grasse; ya acabamos de ver cómo fué recibido en Digne.

X.

El hombre despierto.

Juan se despertó cuando estaban dando las dos en el reloj de la Catedral. Le despertó la cama demasiado buena. Hacia muchos años que no se había acostado en cama, y, aunque no se desnudó, la sensación era demasiado nueva para él y turbó su sueño. Durmió poco más de cuatro horas, pero había descan-

sado ya, porque no tenía costumbre de dedicar más horas al reposo.

Abrió los ojos en la oscuridad para mirar á su alrededor; después los cerró para volver á dormir.

Cuando sensaciones diversas nos han agitado durante el día, cuando diversas cosas nos preocupan el espíritu, nos dormimos, pero no volvemos á dormir después de despertarnos. El sueño viene con más facilidad la primera vez que la segunda. Esto fué lo que le sucedió á Juan Valjean. No pudiendo volver á conciliar el sueño, se puso á pensar.

Se encontraba en uno de esos instantes en los que tenemos en la mente confusas ideas. Sentía una especie de vaiven oscuro en el cerebro; sus recuerdos antiguos y sus recuerdos inmediatos flotaban en él atropelladamente y se cruzaban en confusión, perdiendo las formas, abultándose y desapareciendo de pronto como en una laguna fangosa y removida.

Muchas ideas le acosaban, pero entre ellas una se presentaba con más tenacidad á su espíritu, expulsando á las demás. Esta idea era la siguiente: Se había fijado en los seis cubiertos de plata y en el cucharón que la señora Magloire puso en la mesa.

Esos seis cubiertos de plata le perseguían. Estaban allí... á algunos pasos de él. Cuando atravesó el cuarto contiguo para venir al suyo, el ama de gobierno los guardó en la alacena, junto á la cabecera de la cama, á la derecha, entrando por el comedor, y eran macizos y de plata antigua. Los cubiertos y el cucharón valdrían lo menos doscientos francos, doble de lo que él había ganado en diez y nueve años. Verdad es que él hubiera ganado más si "la administración," no le hubiera "robado."

Su espíritu osciló durante una hora larga en fluctuaciones que indicaban lucha.

Dieron las tres. Volvió á abrir los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, extendió los brazos y tentó el morral que había arrojado en un rincón de la alcoba; después dejó caer las rodillas y se encontró, sin saber cómo, sentado en la cama.

Permaneció un rato en esta actitud, que hubiera parecido siniestra al que le hubiera visto despierto en aquella casa, en la que todos dormían.

Bajó de la cama, se quitó los zapatos y los dejó con suavidad en la esterilla que había cerca del lecho; recobró su

primera postura de meditación y se quedó inmóvil.

En su horrible meditación las ideas que acabamos de indicar se removían sin tregua en su cerebro; entraban, salían y volvían á entrar, ejerciendo sobre él cierta presión. Luego pensaba, sin saber por qué, con la obstinación maquina propia del delirio, en un presidiario llamado Brevet, que fué compañero suyo, cuyo pantalón sostenía en la cintura con un solo tirante de punto de algodón. El dibujo á cuadros de dicho tirante no se le borraba de la memoria.

Permanecía en esta situación y hubiera quizás permanecido en ella si no hubiese sonado en el reloj una campanada. Parecía que esa campanada le dijera: Vamos!

Se puso en pié, vaciló un momento y escuchó. Todo estaba en silencio en la casa. Entonces se dirigió con pasos lentos y rectamente á la ventana, guiado por la luz que penetraba por las rendijas. La noche era bastante clara; había luna llena, pero por delante de ella pasaban negras nubes, impulsadas por el viento, que producían alternativas de sombra y de claridad á la parte exterior de la casa, y por dentro una especie de crepúsculo, que bastaba para servir de guía, por más que fuera intermitente por causa de las nubes, y se asemejaba á las tintas lívidas que penetran al través del respiradero de una cueva, por delante de la que van y vienen los transeúntes.

Cuando Juan Valjean llegó á la ventana, la examinó. Caía al jardín, no tenía reja y estaba cerrada, según la costumbre del país, con una chabeta. La abrió, pero el aire frío y penetrante que entró bruscamente en la alcoba le obligó á cerrarla en seguida. Tendió la vista al jardín con esa mirada atenta que estudia más que mira. Cercaba el jardín una pared blanca bastante baja y fácil de escalar. En su fondo distinguía las copas de árboles plantados simétricamente, lo que le indicaba que la tapia separaba el jardín de una alameda ó de una calle con árboles.

Después de esta ojeada, con el ademán del hombre resuelto se dirigió á la alcoba, cogió el morral, le abrió, le registró, sacó de él un objeto que dejó sobre la cama, se metió los zapatos en los bolsillos, cerró el morral, echándose á la espalda; se puso la gorra, bajándose la visera hasta los ojos; buscó á tientas el garrote, que había dejado en el ángulo de la ventana; después volvió hasta la

cama y tomó el objeto que dejara antes encima de ella. Era una barra de hierro, corta, aguzada como un chuzo por uno de sus extremos. Difícil era conocer en la oscuridad para qué servía aquel pedazo de hierro. Era una palanca? ¿Era tal vez una maza?

De día se hubiera conocido que era un pico de minero. Los presidiarios se empleaban algunas veces en extraer piedra de las colinas que rodean á Tolon, y no es extraño que Juan Valjean tuviese en sus manos este auxilio de minería. Los picos de minero son de hierro macizo y terminan por el extremo inferior en punta, que se clava en la roca.

Tomó, pues, el pico, retuvo el aliento, y, andando sigilosamente, dirigióse á la puerta del cuarto contiguo, donde estaba el obispo, como saben nuestros lectores. Al llegar á dicha puerta la encontró entornada. El obispo no la cerró al ir á acostarse.

XI.

Lo que hace.

Juan Valjean escuchó un momento, y no oyendo ningún ruido, empujó la puerta, la empujó con la punta del dedo ligeramente, con la suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar en una habitación.

La puerta cedió á la presión con movimiento imperceptible y silencioso, que ensanchó un poco su abertura. Aguardó un momento y después empujó la puerta por segunda vez con más fuerza.

La puerta cedió silenciosamente. La abertura era ya suficiente para dejarle paso, pero había cerca de la puerta una mesilla, que formaba ángulo con ella y le impedía la entrada.

Juan Valjean conoció esta dificultad y que necesitaba abrir más la puerta. Se decidió y la empujó con más fuerza que las dos veces anteriores, y entonces el gozne, mal untado de aceite, produjo ruido ronco y prolongado.

Juan Valjean tembló al oír ese ruido, que sonó en sus oídos como eco formidable y vibrante, como la trompeta del juicio final. En la perturbación fantástica del primer instante se imaginó que el gozne se animaba, adquiriendo de pronto vida terrible, y que, como un perro, ladraba para despertar á los durmientes de la casa.

Se detuvo temblando y azorado. Oyó latir sus sienes como dos martillos de

fragua, pareciéndole que el aliento salía de su pecho haciendo el ruido del viento que sale de una caverna. Creía imposible que el clamor del gozne irritado no hubiese conmovido toda la casa como la sacudida de un temblor de tierra; creyó que la puerta, impulsada por él, dando la voz de alarma, habría hecho levantarse de la cama al anciano y á las dos mujeres, que iban á pedir socorro, que le darian auxilio, y que antes de un cuarto de hora la poblacion estaria en movimiento y los gendarmes en pié.

En aquel instante se creyó perdido.

Permaneció inmóvil, petrificado, sin atreverse á hacer el menor movimiento.

Pasaron algunos minutos. La puerta se habia abierto de par en par. Se atrevió á mirar dentro del cuarto; nada se movia en él. El ruido del gozne mohoso no habia despertado á nadie.

Pasó el primer peligro; Juan Valjean se quedó sobrecogido y confuso, pero no retrocedió, porque hasta cuando se creyó perdido tampoco habia retrocedido. Solo pensó en despachar pronto. Dió un paso y entró en el cuarto.

Reinaba en él perfecta calma. Distinguía aquí y allá formas vagas y confusas, que de dia eran papeles, libros abiertos, tomos colocados unos sobre otros encima de un taburete, un sofá con algunas ropas y un reclinatorio; pero que á aquellas horas solo aparecian como rincones tenebrosos y como espacios blanquecinos. Juan Valjean se adelantó con precaucion, evitando tropezar con los muebles. Oía en el fondo del cuarto la respiracion igual y tranquila del obispo dormido.

Paróse de repente; estaba cerca de la cama, á la que llegó antes de lo que creía.

La naturaleza hace muchas veces coincidir sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones con cierta oportunidad sombría é inteligente, como si quisiese obligarnos á reflexionar.

Hacia media hora que cubria el cielo una nube opaca; en el momento en que Juan Valjean se detuvo ante la cama, abrióse la nube, como á propósito, y un rayo de luna que atravesó la alta ventana iluminó súbitamente el semblante del obispo. Dormía tranquilo, medio vestido, en la cama, para evitar la frialdad de las noches de los Bajos-Alpes, con un traje de lana oscura que le cubria los brazos hasta las muñecas. Tenia la cabeza en la actitud de abandono peculiar al reposo, y le colgaba,

cayendo fuera de la cama, una mano adornada con el anillo pastoral; aquella mano que ejecutaba tan buenas acciones y tan santas obras. Iluminaba su fisonomía vaga expresion de satisfaccion, de esperanza y de beatitud. Esta expresion, más que una sonrisa, era un resplandor. En su frente brillaba la indefinible claridad de una luz oculta, pues el alma de los justos durante el sueño contempla un cielo misterioso. La fisonomía del obispo reflejaba el fulgor de ese cielo, teniendo al mismo tiempo transparencia luminosa, porque ese cielo estaba dentro de él y era su propia conciencia.

En el instante en que el rayo de la luna se sobrepuso, por decirlo así, á dicha claridad interior, el obispo, dormido, apareció como en medio de una aureola, y ésta quedó, sin embargo, suave y velada por una semiluz inefable.

La luna, aquella naturaleza adormecida, el jardín sin murmullo, la casa silenciosa, la hora, el momento y el silencio, comunicaban un no sé qué solemne al venerable reposo del obispo, y rodeaban de aureola majestuosa y serena sus cabellos blancos y sus ojos cerrados, su semblante que expresaba la fé y la esperanza, su cabeza de anciano y su sueño de niño. Habia casi divinidad en aquel hombre augusto.

Juan Valjean, con el pico de hierro en la mano, estaba en la oscuridad, de pié, inmóvil y azorado ante aquel anciano resplandeciente. Jamás habia visto cosa igual. Le asustaba aquella confianza. El mundo moral no puede ofrecer espectáculo más grande que el de una conciencia turbada é inquieta, próxima á cometer una mala accion y que contempla el sueño del justo. Su sueño, en aquel aislamiento y al lado de aquel hombre, tenia algo de sublime, que se sentia vaga, pero imperiosamente. Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento en el interior del criminal, ni él mismo lo sabia. Para tratar de expresarlo es preciso combinar mentalmente lo más violento con lo más suave: en su fisonomía nada podia distinguirse con certidumbre; parecia expresar asombro esquivo. Contemplaba lo que veia y nada más, pero era imposible leer su pensamiento, aunque era evidente que estaba conmovido y desconcertado.

Su vista no se apartaba del anciano, denotando extraña indecision. Sin duda vacilaba entre perderse ó salvarse, entre herir aquel cráneo ó besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes levantó

el brazo izquierdo hasta la frente y se quitó la gorra; despues dejó caer el brazo con lentitud y volvió á meditar con la gorra en la mano izquierda, el pico en la derecha y con el pelo erizado sobre la torva frente. El obispo seguia durmiendo profundamente.

El reflejo de la luna hacia visible confusamente encima de la chimenea el crucifijo, que parecia abrir los brazos hácia el obispo y el presidiario, para bendecir al uno y para perdonar al otro.

De pronto Juan Valjean se encasquetó la gorra, pasó rápidamente á lo largo de la cama sin mirar al obispo, dirigiéndose á la alacena, y levantó el pico de hierro para forzar la cerradura, pero estaba puesta la llave: abrió y lo primero que hirió su vista fué el cestillo de la plata; lo tomó, atravesó la estancia á largos pasos, sin precaucion alguna y sin cuidarse ya de no hacer ruido; ganó la puerta, entró en el oratorio, cogió el garrote, abrió la ventana, la saltó, guardó la plata en el morral, tiró el canastillo, atravesó el jardín, saltó por encima de la tapia como un tigre y desapareció huyendo.

XII.

El obispo trabaja.

Al dia siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenido se paseaba por el jardín. La señora Magloire corrió hácia él azorada, gritando:

—Monseñor, ¿sabe vuestra grandeza dónde está el canastillo de la plata?

—Sí, contestó el obispo.

—Bendito sea Dios! exclamó ella. Yo no lo encontraba.

El obispo acababa de recoger el canastillo en uno de los cuadros cultivados del jardín y se lo presentó á la señora Magloire:

—Aquí está!

—Sí, pero vacío. Dónde está la plata?

—Ah! dijo el obispo; ¿es la plata lo que buscáis? No lo sé.

—Gran Dios! La han robado! ¡El huésped de anoche!

En seguida, con la viveza de vieja avispada, la señora Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba y luego volvió adonde estaba el obispo. Este, inclinado, examinaba suspirando una planta de coclearia de Guillous, que el canastillo destrozó al caer encima de ella. La voz del ama de gobierno le hizo ponerse en pié.

—¡Monseñor, el huésped se ha escapado, robando la plata!

Al exclamar así, sus miradas se fijaron en un ángulo del jardín, en el que se conocian las huellas del escalamiento. El tejadillo de la tapia estaba estropeado.

—Por ahí se escapó, saltando á la calle de Cocheilet. Qué abominacion! Nos ha robado la plata!

El obispo permaneció un momento silencioso, alzó despues la vista y dijo á la señora Magloire con la mayor dulzura:

—¿Verdaderamente era nuestra esa plata?

El ama de gobierno se quedó estupefacta. Despues de una pausa el obispo añadió:

—Yo retenia injustamente hace tiempo esa plata. Pertenece á los pobres. Qué es ese hombre? Indudablemente es un pobre.

—Ay, Dios mio! no lo siento por mí ni por la señorita, contestó la señora Magloire; lo siento por vuestra ilustrísima. Con qué vá ahora á comer monseñor?

El obispo la miró asombrado.

—¿Pues no tenemos cubiertos de estaño? preguntó.

—El estaño huele mal, contestó el ama de gobierno encogiéndose de hombros.

—Entonces de hierro.

—El hierro sabe mal.

—Pues bien, con cubiertos de madera.

Poco despues monseñor se desayunaba en la misma mesa junto á la que Juan Valjean se sentó la vispera, y hacia ver á su hermana, que estaba callando, y á la señora Magloire, que estaba gruñendo, que no necesitaban cuchara ni tenedor, ni aun de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

—¡Fué peregrina idea la de recibir en casa á un hombre como aquel!... decia la señora Magloire hablando sola, yendo y viniendo de aquí para allá.—¡Ponerle cama al lado de la suya! ¡Gracias que se ha contentado con robar!... ¡Me extremezco con solo pensarlo!...

Cuando el hermano y la hermana iban á levantarse de la mesa, llamaron á la puerta.

—Adelante, dijo el obispo.

Abrióse la puerta. En el umbral apareció un grupo extraño y violento. Tres hombres traian á otro agarrado por el cuello; tres gendarmes que habian cogido á Juan Valjean.

Un cabo que dirigia el grupo estaba

cerca de la puerta. Entró y se adelantó hasta el obispo, dirigiéndole el saludo militar.

—Monseñor... le dijo.

Al oír este tratamiento, Juan Valjean, que estaba silencioso y abatido, levantó la cabeza con asombro.

—Monseñor!... entonces no es el cura... exclamó.

—Silencio! gritó un gendarme. Es monseñor el obispo de Digne.

Este, acercándose a la puerta y encarándose con Juan Valjean, le dijo:

—Ah! estais ahí?... me alegro de veros. Os di también los candeleros, que son de plata, como lo demás, y que pueden valer muy bien doscientos francos. ¿Por qué no os los llevásteis con los cubiertos?

Juan Valjean abrió los ojos y miró al obispo con una expresión que ninguna lengua humana es capaz de describir.

—Monseñor, dijo el cabo, ¿es verdad entonces lo que nos dijo este hombre? Le vimos que huía y le hemos detenido hasta averiguar... Llevaba encima seis cubiertos...

—¿Y os dijo, interrumpió el obispo, que se los dió un buen hombre, un sacerdote anciano en cuya casa pasó la noche anterior? Entonces ya lo comprendo... le habeis traído aquí... pues es una equivocación.

—Segun eso, podemos dejarle libre? preguntó el cabo.

—Sin duda alguna, contestó monseñor.

Los gendarmes soltaron a Juan Valjean, que retrocedió.

—Es cierto que me dejais libre? preguntó con voz inarticulada y como si hablara soñando.

—Sí; no lo has oído?

—Amigo mio, repuso el obispo; tomad los candeleros antes de iros. Aquí están.

Monseñor Bienvenido se llegó a la chimenea, tomó los dos candeleros de plata y se los entregó a Juan Valjean. Las dos mujeres miraban al obispo sin hablar palabra ni hacer un gesto.

Juan Valjean temblaba de pies a cabeza. Tomó con ojos extraviados y maquinalmente los candeleros.

—Ahora, dijo el obispo, idos en paz.— A propósito: debo deciros, amigo mio, que cuando volvais es inútil que paseis por el jardín. Podeis entrar y salir por la puerta de la calle; solo está cerrada con el picaporte de día y de noche.

Después, volviéndose hácia los gendarmes, les dijo:

—Señores, podeis retiraros.

Los gendarmes se marcharon.

Juan Valjean quedó como el hombre que vá á desmayarse. El obispo se le acercó y le dijo en voz baja:

—No olvideis nunca que me habeis prometido emplear esa plata en convertirnos en hombre honrado.

Juan Valjean, que no recordaba haber prometido nada, quedó desconcertado. El obispo, que subrayó las palabras anteriores al pronunciarlas, continuó hablándole con acento solemne:

—Juan Valjean, hermano mio, vos ya no pertenecéis al mal, sino al bien. Os he comprado el alma, la libro de sus ideas perniciosas y de su espíritu de perdición y la consagro á Dios.

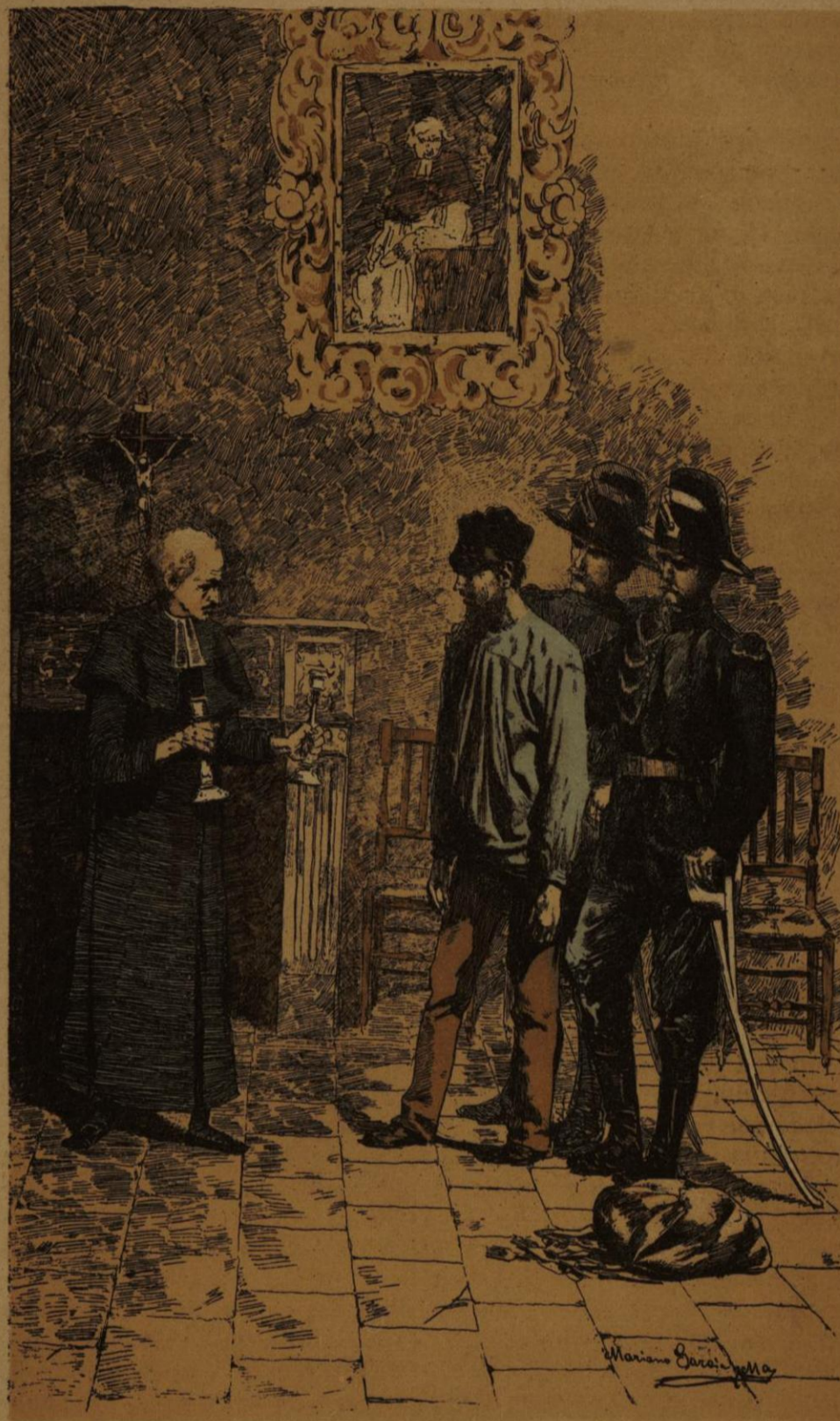
XIII.

Gervasillo.

Juan Valjean salió de Digne como escapado. Caminó precipitadamente por el campo, tomando los caminos, y senderos que se le presentaban por delante, sin notar que cada momento desandaba lo andado. Así erró toda la mañana sin haber comido y sin tener hambre. Era presa de multitud de sensaciones nuevas. Estaba colérico y no sabia contra quién. No podía discernir si estaba conmovido ó humillado. Había momentos en los que se apoderaba de él extraño enternecimiento, que combatía oponiéndole el endurecimiento de sus veinte años últimos. Esta situación le fatigaba. Veía inquieto que se debilitaba en su sér la horrible calma que le hizo adquirir la injusticia de su desgracia, y se preguntaba con qué la reemplazaria. Había momentos en que hubiera preferido que los gendarmes le llevasen preso y que el hecho hubiese tenido otro desenlace, porque entonces no hubiera estado tan intranquilo.

Aunque la estación estaba muy adelantada, aun en las enramadas aparecían flores tardías, cuyo olor percibía caminando y le traía á la memoria recuerdos de su infancia. Estos recuerdos le eran insoportables, porque hacía ya muchísimos años que no le impresionaban. Todo el día le persiguieron multitud de pensamientos imposibles de expresar.

Cuando ya el sol declinaba hácia el ocaso, alargando en la tierra la sombra de la menor piedrecilla, se sentó Juan Valjean detrás de un matorral, en extensa y rojiza llanura, enteramente de-



TÓME SUS DOS CANDELEROS DIJO EL OBISPO.

sierta. En el horizonte solo descubria los Alpes; ni siquiera se destacaba sobre él el campanario de un pueblecillo próximo.

Juan Valjean se encontraba á tres leguas de Digne. Un sendero que cortaba la llanura se veía á algunos pasos del matorral.

En medio de su ensimismamiento, que hubiera contribuido á hacer más terribles sus harapos para el que le hubiera encontrado, oyó un ruido alegre.

Volvió la cabeza y vió venir por el sendero á un niño saboyano, que podría contar diez años, que venía cantando, con la gaita al lado y llevando un cajón con una mona á la espalda. Era uno de esos alegres muchachos que van de pueblo en pueblo, enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Mientras proseguía cantando, el muchacho interrumpía de vez en cuando su marcha para jugar con algunas monedas que llevaba en la mano, y que probablemente constituían su capital. Entre sus monedas había una de plata de dos francos.

El muchacho se paró cerca del matorral sin ver á Juan Valjean, y tiró al alto su puñado de piezas, que hasta entonces había recibido todas juntas y con bastante acierto en el dorso de la mano; pero la última vez la moneda de dos francos se le escapó y fué rodando por la yerba á parar donde estaba Juan Valjean. Este le puso el pié encima; el muchacho siguió á la moneda con la vista y lo vió.

Sin asombrarse se fué recto hácia el hombre.

Aquel sitio era completamente solitario. No se veía á nadie en todo el espacio que podía abarcar la mirada, ni en la llanura ni en el sendero.

El muchacho daba las espaldas al sol, que doraba sus cabellos y que teñía de sangrienta claridad la salvaje fisonomía de Juan Valjean.

—Señor, dijo el saboyano con la confianza propia de los niños, que es una mezcla de ignorancia y de inocencia; dadme la moneda.

—Cómo te llamas? le preguntó Juan Valjean.

—Gervasillo, señor.

—Pues vete, le dijo el presidiario.

—Señor, devolvedme primero mi moneda, repitió Gervasillo.

Juan Valjean dobló la cabeza y no respondió.

—Quiero la moneda! volvió á decir el muchacho.

Juan Valjean continuó mirando al suelo.

—Mi moneda! mi dinero! gritó Gervasillo.

Juan Valjean parecía que no le oía. El chico le cogió por el cuello de la blusa y sacudió al hombre, haciendo esfuerzos para que apartara el pié que tenía sobre su tesoro.

—Quiero mi moneda! gritó el muchacho llorando.

Juan Valjean levantó la cabeza, pero continuó sentado. Sus ojos estaban turbios. Miró al niño asombrado, y despues llevó la mano al garrote, gritando con voz terrible:

—Quién está ahí?

—Yo, señor, respondió el muchacho; Gervasillo, que pido mi dinero. ¿Quereis levantar el pié?

Al verse contrariado, aunque era niño, le dijo con acento casi amenazador:

—Vamos! Apartais el pié?

—Conque estás ahí aun! exclamó Juan Valjean, poniéndose en pié de repente y ocultando siempre la moneda. ¡Acabarás de largarte!

El niño le miró aterrorizado; temblóle todo el cuerpo, y despues de unos minutos de estupor, echó á correr con toda la ligereza de sus piernas, sin volver la cabeza y sin lanzar un grito. A cierta distancia la fatiga le obligó á detenerse, y Juan Valjean le oyó sollozar. Instantes despues el niño desapareció.

El sol se había puesto ya.

La oscuridad crecía alrededor del presidiario. En todo el día probó alimento; probablemente tendría calentura. Permanecía en pié, sin cambiar de postura, desde que el niño huyó.

La respiración fuerte le levantaba el pecho á intervalos largos y desiguales. Clavaba la mirada á diez ú once pasos de él, examinando con profunda atención un pedazo de loza azul que había entre la yerba. De pronto se estremeció, sintiendo ya el frío de la noche.

Se encasquetó la gorra, se cruzó y abotonó maquinalmente la blusa, dió un paso y se inclinó para coger del suelo el garrote. Al hacer este movimiento vió la moneda de plata de dos francos, que su pié medio había sepultado en tierra, y que brillaba entre las piedras. Su vista le produjo el efecto de una conmoción galvánica.—Qué es esto? dijo entre dientes. Retrocedió tres pasos sin poder separar la vista de aquel punto que había

pisoteado un momento antes, como si aquel objeto que brillaba en la oscuridad hubiese sido un ojo abierto y fijo en él.

Al cabo de algunos minutos se abalanzó convulsivamente á la moneda de plata, la cogió, y enderezándose, miró á lo lejos por la llanura, dirigiendo la vista á todos los puntos del horizonte, de pié, anhelante, como una fiera azorada que busca un asilo.

Pero nada consiguió ver. La noche cerraba: la llanura estaba fria.

Suspiró y marchó con rapidez siguiendo la direccion por donde el niño habia desaparecido. Despues de andar treinta pasos, se detuvo y miró; pero tampoco vió nada.

Entonces gritó con todas sus fuerzas: —Gervasillo! Gervasillo!

Calló y esperó; no le contestó nadie.

El campo estaba desierto y sombrío. Alrededor de Juan Valjean se extendia la sombra, en la que se perdian sus miradas, y el silencio, en el que se perdía su voz.

El viento glacial que soplaba daba á los objetos inmediatos una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudian sus ramas descarnadas con increíble fúria; parecia que perseguian y amenazaban á alguno.

El presidiario volvió á andar, despues echó á correr; de vez en cuando se paraba y gritaba en medio de aquella soledad, con voz formidable y desolada: —Gervasillo! Gervasillo!

Si el saboyano le hubiese oido, seguramente se hubiera atemorizado y en vez de acercársele hubiera huido más lejos de él; pero el niño debia estar ya á mucha distancia de allí.

Juan Valjean encontró un sacerdote que iba á caballo. Se dirigió á él y le preguntó:

—Señor cura, ¿habeis visto pasar á un muchacho?

—No, contestó el eclesiástico.

—Un muchacho que se llama Gervasillo.

—No he visto ningun chico.

Juan Valjean sacó del morral dos monedas de cinco francos y se las dió al sacerdote.

—Tomad; esto para los pobres, le dijo. Os pregunto por un muchacho de diez años que lleva una gaita y una mona, un saboyano.

—Os digo que no le he visto.

—¿Será de algun pueblo de las cercanías?

—Debe ser uno de esos extranjeros ambulantes que nadie conoce.

Juan Valjean cogió con violencia dos monedas más de cinco francos y se las entregó tambien al sacerdote.

—Para los pobres, volvió á decirle.

Despues exclamó azorado:

—Señor cura, mandad que me prendan; soy un ladron.

El sacerdote picó espuelas y huyó atemorizado. Juan Valjean echó á correr en la direccion que antes llevaba; caminó durante algun tiempo, llamando y gritando, pero no encontró á nadie. Al fin se detuvo en un sitio en el que habia tres senderos. La luna habia aparecido.

Paseó la mirada á lo lejos y llamó por última vez á Gervasillo. Sus voces se apagaron sin despertar siquiera un eco. Aquel fué su postrer esfuerzo; se le doblaron las piernas bruscamente, como si un poder invisible le oprimiese de pronto con todo el peso de su criminal conciencia. Cayó desfallecido sobre una enorme piedra, exclamando: —¡Soy un miserable! Su corazon estalló y se puso á llorar. Era la primera vez que lloraba despues de diez y nueve años.

Cuando Juan Valjean salió de casa del obispo pensaba de otro modo que habia pensado hasta entonces. No podia explicarse lo que le sucedia. Quería resistirse á la accion angélica y á las tiernas palabras del anciano: "Me habeis prometido ser hombre honrado. He comprado vuestra alma para librarla de la perversidad y para consagrarla á Dios." Estas frases no se apartaban de su memoria y oponia á la indulgencia celestial su orgullo, que es en nosotros como la fortaleza del mal. Conocia bien que el perdon del obispo era el ataque más formidable que podia recibir; que su endurecimiento seria infinito si resistia á aquella clemencia; y que si cedia, le era preciso renunciar al odio con que llenaron su alma las acciones de otros hombres durante muchos años y que le halagaba; que en esta ocasion no tenia otro remedio que vencer ó ser vencido, y que la lucha, la lucha colosal y definitiva, estaba empeñada entre su maldad y la bondad del anciano sacerdote.

Absorbido en estos destellos de su raciocinio caminaba como hombre enagnado; pero tenia clara la percepcion de lo que podria resultar de su aventura de Digne? ¿Oia todos los rumores misteriosos que aconsejan ó importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida? Una

voz le decia al oido que acababa de atravesar la hora solemne de su destino; que no habia término medio para él; que si en lo sucesivo no era el mejor de los hombres, seria el peor; que era ahora ya preciso, ó elevarse á más altura que el obispo ó descender más abajo que el presidiario; que si queria ser bueno, tenia que ser un ángel, y si queria ser malo, tenia que ser un mónstruo.

Debemos aquí repetirnos preguntas ya hechas. ¿Tenia en la inteligencia alguna sombra confusa de lo que por ella pasaba? Ciertamente la desgracia educa la inteligencia, pero es muy dudoso que Juan Valjean estuviese en estado de comprender todo lo que vamos diciendo. Si le ocurrian estas ideas, las vislumbraba, pero no las veia con claridad, y solo le servian para sumirle en confusion inexorable y casi dolorosa. Al salir del presidio el obispo le causó daño en el alma, así como una claridad demasiado viva hace daño en la vista al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible que desde allí en adelante se le aparecia pura y esplendente, le llenaba de congoja y de ansiedad y no sabia definir su situacion. Como el mochuelo si viera salir bruscamente el sol, así el presidiario quedó ciego y deslumbrado al ver salir radiante la virtud.

Lo que cierto é indudable para él es que ya no era el mismo hombre, que estaba cambiado y que no podia ya impedir que el obispo le hubiera hablado y le hubiera conmovido.

En esta situacion de su espíritu encontró á Gervasillo y le robó la moneda de dos francos. Por qué? De seguro no hubiera podido explicarlo él mismo... ¿Aquella accion ruin fué el último efecto, el supremo esfuerzo de las ideas que traia del presidio, el resto del impulso, el resultado de lo que en mecánica se llama fuerza adquirida? Esto era, ó quizás aun menos que esto. Digámoslo sencillamente: no era él el que habia robado, no era el hombre, era el animal, que por hábito y por instinto puso estúpidamente el pié sobre la moneda, mientras la inteligencia se debatía en medio de tantas obsesiones nuevas y desconocidas. Cuando se despertó la inteligencia y vió la accion del bruto, Juan Valjean retrocedió con angustia y dió un grito de espanto. Y es que, fenómeno extraño é imposible en su nueva situacion, al robar aquel dinero al muchacho cometió un acto del que ya no era capaz.

Sea como fuese, su última mala accion

le causó un efecto decisivo; atravesó bruscamente el caos de su inteligencia y lo disipó; separó á un lado las nubes oscuras y al otro la luz, y obró sobre su alma, en el estado que ésta se encontraba, como obran ciertos reactivos químicos sobre una mezcla turbia, precipitando un elemento y clarificando otro.

Ante todo, antes de examinarse y reflexionar, azorado como el que busca la salvacion, trató de volver á encontrar al muchacho para devolverle el dinero, y cuando se persuadió de que esto era inútil é imposible, se detuvo desesperado. En el instante que exclamó: —¡Soy un miserable! acabó de reconocerse tal cual era, y ya desde aquel momento se vió tan diferente de sí mismo, que se creyó un fantasma que tenia delante de él, presente, en carne y hueso, con el garrote en la mano, con la blusa ceñida, con el morral, lleno de objetos robados, á la espalda, al repugnante presidiario Juan Valjean.

El exceso del infortunio le habia convertido en una especie de visionario, y esto fué para él una vision. Vió realmente ante él á Valjean con su siniestra fisonomía. Estuvo casi dispuesto á preguntar quién era aquel hombre, pero preguntarlo le causó horror. Pasaba su cerebro por uno de esos momentos violentos, y sin embargo horriblemente tranquilos, en los que el desvario es tan profundo que absorbe á la realidad; momentos en los que no se ven los objetos que se tienen delante y se ven fuera de nosotros mismos las imágenes que tenemos en la fantasía.

Se contempló, pues, por decirlo así, cara á cara, y al mismo tiempo, al través de su alucinacion, veia, en profundidad misteriosa, una especie de luz, que de pronto tomó por una antorcha; examinando con más atencion aquella luz que aparecia en su conciencia, reconoció que tenia forma humana y que era el obispo. Su conciencia comparó sucesivamente á los dos hombres colocados delante de ella: al obispo y á Juan Valjean. Fué preciso el primero para vencer al segundo. Por uno de los efectos singulares de esta clase de éxtasis, á medida que su desvario se prolongaba, el obispo crecia y resplandecia á sus ojos, y Juan Valjean se achicaba y se iba oscureciendo hasta convertirse en una sombra; despues desapareció, quedando solo el obispo, que iluminaba el alma de aquel miserable con magnífico resplandor.

Juan Valjean lloró bastante rato,